

T.S. Eliot

Cuatro Cuartetos

[East Coker y The Dry Salvages]

Traducción de Manuel Núñez Nava



EACH GENERATION MUST TRANSLATE FOR ITSELF
[CADA GENERACIÓN DEBE TRADUCIR PARA SÍ MISMA]



EAST COKER

I

En mi principio está mi fin. En sucesión,
las casas caen y se levantan, se derrumban, se extienden,
se trasladan, se destruyen, se restauran o en sus lugares
hay un campo abierto, una fábrica, un pasaje.
Piedra vieja para nueva construcción, leña vieja
para fuegos nuevos.
fuegos viejos para las cenizas y cenizas para la tierra
que ya es carne, piel y huesos,
hueso de hombre y bestia, vaina y zalea.
Las casas viven y perecen: hay un tiempo para construir
y un tiempo para vivir y propagarse
y un tiempo para que el viento rompa la hoja de la puerta
y resquebraje el entrepaño donde corre el ratón
y rasgue el andrajoso tapiz tejido con un silente emblema.

En mi principio está mi fin. Ahora cae la luz
a través del campo abierto, cerrando con ramajes
la profunda senda, oscura en la tarde,
donde tú te reclinas contra un banco,
mientras pasa un carruaje
y el camino insiste en dirigirse
hacia el pueblo, en eléctrico vapor
hipnotizado. La piedra gris absorbe en la cálida bruma
la sofocante luz sin refractarla.
Las dalias duermen en vacío silencio.
Espera el primer canto de lechuza.
En ese campo abierto,
si no te acercas demasiado,
si no te acercas demasiado,
a medianoche en un verano, puedes oír la música
de la débil flauta y el tambor
y mirarlos bailar junto a la hoguera
la asociación de hombre y mujer
en señal de matrimonio,
sacramento cómodo y dignificado.
Dos y dos, conjunción necesaria,
tomados de la mano o por el brazo
que prometía concordia. Girando alrededor del fuego,

saltando entre las llamas o unidos en círculos,
rústicamente solemnes o en rústica carcajada,
alzando graves pies calzados con zapatos burdos,
pies de tierra, pies de arcilla alzados en alegría bucólica,
alegría de aquellos que hace mucho están bajo la tierra,
nutriendo el maíz. Llevando el tiempo,
llevando el ritmo con su danza
como cuando vivían en las vivas estaciones,
el tiempo de los ciclos y las constelaciones,
el tiempo de la ordeña y el tiempo de la cosecha,
el tiempo del pareo del hombre y la mujer
y el de las bestias. Pies que caen y se levantan.
Comiendo y bebiendo. Estiércol y muerte.
Apunta la alborada y otro día
se prepara para el calor y el silencio.
Por adentro el viento de alborada
se repliega y resbala. Aquí estoy
o ahí, o en otra parte.

En mi principio.

II

¿Criaturas del verano? ¿Primavera
a fines de noviembre? ¿Blanca nieve
convirtiéndose en agua bajo tierra?
¿Rojas malvas que aspiran a elevarse
hasta el gris, para luego desplomarse?
¿Tardas rosas en la primera nieve?
Desplegado en las guerras consteladas,
un carruaje triunfal simula el rayo.
Contra el Sol guerrea y vence Escorpión
y cae la Luna junto con el Sol.
Leónidas se elevan; los Cometas
se deshacen en líquidas saetas
y cazan en los cielos y en la tierra,
giran en el vértice del abismo,
llevando nuestro mundo hasta la pira
ya encendida en el reino del glacial.

Esa fue una manera no muy satisfactoria de exponerlo:
un estudio parafrástico en una moda poética caduca
que todavía nos deja la lucha intolerable
entre palabras y significados. No importa la poesía.





No fue (para recomenzar) lo que uno había esperado.
¿Cuál es el valor de la serenidad otoñal
tanto tiempo esperada? ¿Cuál el de la sabiduría de la edad
que habría de darnos paz? ¿Nos engañaron?
¿O a sí mismos se engañaron los ancianos de voces reposadas,
legándonos tan sólo un receptáculo para el engaño?
La serenidad es actitud deliberada,
la sabiduría el conocimiento de secretos muertos,
inútiles en las tinieblas a las que se asomaron
o desde las cuales se volvieron a mirar. Hay, así nos lo parece,
cuando mucho, un valor limitado
en el conocimiento adquirido en la experiencia.
El conocimiento impone su molde y falsifica,
porque el molde es nuevo a cada instante
y cada instante es una nueva y espantosa valoración
de todo lo que hemos sido. Sólo nos desengaña
lo que habiéndonos engañado ya no puede dañarnos.
A la mitad, no solamente a la mitad del camino,
sino en todo el camino; en un oscuro bosque, en un zarzal,
al borde de un abismo, donde no hay huella segura;
amenazados por monstruos, por luces caprichosas,
arriesgando el encanto. No me habléis
de la sabiduría de los ancianos, habladme de su insensatez,
de su miedo al temor y a la locura, de su miedo a poscer,
a pertenecer a otro, a otros o a Dios.
La única sabiduría a que podemos aspirar
es la sabiduría de la humildad: la humildad es infinita.

El mar devoró todas las casas.

Los danzantes nutrieron la colina.

III

Oscuridad, oscuridad, oscuridad. Todos van hacia la oscuridad:
los vacantes espacios interestelares, lo hueco hacia lo hueco;
capitanes, banqueros, letrados eminentes,
estadistas y líderes, mecenas del arte generosos,
distinguidos sirvientes civiles, presidentes de graves comités,
señores de la industria, pequeños contratistas. Todos van
hacia la oscuridad.

Y oscuridad el sol y oscuridad la luna y almanaques de Gotha.
Directorios de Directores y Gacetas de Intercambio de Valores



debes ir por caminos de ignorancia;
para poseer lo que careces,
debes ir por caminos de renuncia;
para llegar a lo que no eres,
debes ir por un camino en que no seas.
Y lo que ignoras es lo único que sabes
y lo que es tuyo es lo que no te pertenece

y donde estás es donde no estás.

IV

El cirujano herido maneja el instrumento
que interroga la parte destemplada
y sentimos en las sangrientas manos
cómo Su aguda compasión
resuelve el enigma de la fiebre.

La enfermedad es nuestro único remedio
si obedecemos a la agónica enfermera
cuya constante asistencia no busca nuestro agrado
sino recordarnos la maldición de Adán y nuestra.
Y, para que eso tenga arreglo, debemos empeorarnos.

La tierra entera es nuestro hospital
—herencia del magnífico arruinado—
donde, si obramos bien, moriremos del cuidado
paternal y absoluto
que en ninguna parte habrá de abandonarnos.

Desde el pie hasta la rodilla asciende el enfriamiento
y la fiebre canta en telégrafos mentales.
Para tener calor primero debo helarme
y trepidar en fríos fuegos purgatoriales
cuyas llamas son rosas y el humo es de zarzales.

Nuestra única bebida es sangre que gotea,
sanguinolenta carne es nuestro único alimento.
No obstante, nos gusta pensar
que somos carne y sangre sanas y substanciales.
Otra vez, a pesar de eso, a este viernes lo llamamos Santo.





V

Y aquí estoy, a la mitad del camino, habiendo cumplido
ya veinte años,
veinte años ampliamente desperdiciados, los años
de *l'entre deux guerres*,
tratando de aprender a usar palabras. Y cada intento
es un nuevo comienzo y una diferente clase de fracaso,
porque uno ha aprendido únicamente a obtener lo mejor
de la palabra
para lo que uno ya no quiere decir o la manera
en que uno ya no está dispuesto a pronunciarlo. Y así,
cada aventura
es un nuevo principio, una incursión en lo inarticulado,
con gastado equipo que avanza en deterioro,
en la confusión general de la imprecisión del sentimiento,
en los indisciplinados grupos de emoción. Y aquello que se puede conquistar
por fuerza o sumisión, ya ha sido descubierto
una o dos o varias veces por hombres que uno no puede esperar
emular —aquí no hay competencia.
Sólo la lucha por recobrar lo que antes se ha perdido
y encontrado y perdido una y otra vez: y ahora, bajo condiciones
que parecen impropias. Mas quizá no es pérdida o ganancia.
Únicamente nos queda intentar. El resto no es nuestro negocio.
El hogar es el punto de partida. Así que envejecemos,
el mundo se vuelve más extraño, más complejo el orden
de los vivos y los muertos. No el intenso momento
solitario, sin antes ni después,
sino una vida ardiendo a cada instante.
Ni tampoco la vida de un solo hombre,
sino de viejas piedras indescifrables.
Hay un tiempo para la tarde bajo las estrellas
y un tiempo para la tarde bajo la luz de la lámpara
(la tarde con el álbum fotográfico).
Y el amor es lo más cercano a sí mismo
cuando el aquí y el ahora ya no importan.
Deberían los ancianos ser exploradores.
Allí y aquí son palabras que no cuentan.
Debemos permanecer inmóviles y aun así movernos
hacia otra intensidad,
para una unión más firme y una más profunda comunión,
a través de vacía desolación y oscuro frío,

el llanto de la ola, el aullido del viento y los vastos
océanos
del petrel y la marsopa.

En mi principio está mi fin.

THE DRY SALVAGES

I

No sé mucho de Dios, pero pienso que el río
es un dios bronceado y fuerte, indómito y huracán,
paciente en cierto grado, reconocido al principio
como una gran frontera,
pérfido y útil como un conducto comercial.
El constructor de puentes confronta este problema.
Pero, una vez resuelto, el hombre en las ciudades
del hosco dios casi se olvida. Él, sin embargo, permanece implacable,
conservando sus ciclos y sus iras. Destructor que recuerda
aquello que los hombres deciden olvidar. Sin el culto
y los honores
de los adoradores de la máquina, el río observa, acecha, espera.
Su ritmo estuvo presente en la alcoba de la crianza,
en la hilera de ailantos del cercado de abril,
en el grávido aroma de las uvas de otoño
y en el halo vespertino de la lámpara invernal.

El río está en nuestro interior y el mar que nos rodea
es también el gran borde de la tierra, el granito
en que penetra y playas donde arroja
las huellas de una anterior creación:
una estrella marina, un cangrejo eremita, restos
de ballena,

aguas donde ofrece a nuestra curiosidad
las delicadas algas, la anémona de mar.
Él arroja nuestras pérdidas, la jábega rota,
la langosta hueca, el remo quebrado
y la ropa de extranjeros muertos. El mar tiene muchas voces,
muchos dioses y muchas voces.

Su sal está presente en el cáliz
de la rosa,

su niebla en los abetos.

La queja eterna del mar





y su bramido son voces diferentes
que se oyen a menudo al mismo tiempo: el llanto de las jarcias,
la caricia amenazante de la ola cuando estalla,
el distante sarro en los dientes de granito,
la advertencia doliente que nos llega
desde el cercano promontorio,

la gaviota
y la silbante boya en deriva hacia la costa.
Todas son voces del mar.
Y, bajo la opresión de la silenciosa bruma,
la campana tañe
al ser replicada por la paciente marejada
y mide un tiempo que no es el que vivimos, un tiempo
más viejo que el de los relojes, más viejo
que el tiempo que cuentan las mujeres
preocupadas y ansiosas,
insomnes en la noche, calculando el futuro,
tratando de destejer, desenvolver, desenmarañar
y unir

el pasado y el futuro.

Entre la medianoche y la alborada, cuando el pasado
es solamente decepción
y el futuro no tiene futuro, antes de la vigilia matutina,
cuando el tiempo se detiene y, sin embargo, no termina,
el mar de fondo, que es y fue desde el principio,
tañe
la campana.

II

¿Dónde está el fin del lamento silencioso
y el morir inmóvil de las flores otoñales
cuyos pétalos caen?
¿Dónde acaba el naufragio que flota a la deriva?
En la calamitosa anunciación, ¿dónde termina
la imposible oración de los huesos en la playa?

No existe el fin, sino la suma
de los días y las horas: total acumulado.
Para sí, la emoción toma los años
que vivimos entre los despojos
de aquello que creímos más digno de confianza
y digno, por lo tanto, de la renunciación.

Hay la suma final, el humillado orgullo,
el cruel disgusto ante poderes malogrados,
la aislada devoción que se confunde con la incredulidad.
En un barco que se hunde lentamente a la deriva,
escuchar en silencio el indudable
clamor de la campana de la última anunciación.

¿Dónde está el fin de los hombres que navegan
y desafían el viento, el abrazo de la niebla?
Imposible es pensar en un tiempo sin océano
o en un mar desprovisto de despojos
o en un futuro que no esté predestinado,
lo mismo que el pasado, a no tener destino.

Hemos de concebirlos en fuga permanente,
desplegando sus velas en un viraje eterno,
mientras el viento del norte amenaza la ribera
que, sin erosión, permanece inalterable;
o cobrando el salario y secando las velas en el muelle.
Y no cual pescadores en una empresa sin fruto.

No tiene fin el lamento silencioso.
No hay fin para el morir continuo de las flores,
para el movimiento del dolor, insensible e inmóvil,
para el naufragio a la deriva y el vaivén del mar
ni para la oración que a la Muerte, su Dios, eleva la osamenta.
Tan sólo la plegaria, apenas pronunciable,
de la única
Anunciación.

Y, cuando envejecemos, nos parece
que el pasado ha asumido otro carácter y que ha dejado de ser tan
sólo una secuencia
o, incluso, un desarrollo (una parcial falacia
alentada por nociones de hueca evolución
que, en la mente del vulgo, se convierte
en un medio para renegar de él).
En los momentos de felicidad —y no en la sensación
de bienestar,
frucción, realización, afecto o seguridad;
ni mucho menos en el goce de un manjar,
sino en esa súbita iluminación—





tuvimos la experiencia pero perdimos el significado.
Y acercarse al significado restaura la experiencia
en forma diferente, más allá de cualquier significado
que podamos asignar a la felicidad. Ya antes dije
que la experiencia pasada revivida

en el significado

no es la experiencia de una sola vida,
sino de múltiples generaciones; y no olvidemos
algo que es tal vez inefable por completo:
el retrospectivo mirar detrás de la certeza
de la historia, el ojo que vislumbra apenas
por encima del hombro el terror original.
Y es entonces cuando descubrimos que los momentos de agonía,
se deban o no a la mala comprensión
o a haber esperado o temido las cosas equivocadas
(nada de eso importa), son también permanentes,
con una permanencia igual a la del tiempo. Esto lo apreciamos mejor
en la agonía de los otros, que nos compromete,
la que vivimos de cerca y no en la nuestra propia,
pues nuestro pasado está cubierto por el curso de la acción,
pero el tormento de los otros permanece
como una experiencia sin clasificar,
respetada por el desgaste subsecuente.
La gente cambia, y sonrío, mas la agonía subsiste.
El tiempo que destruye es el tiempo que conserva,
como el río donde flotan los despojos
de gallinas, ganado y hombres de color.
La amarga manzana y el mordisco en la manzana.

Las olas lamen la roca que emerge en las aguas incansables
y se oculta tras la bruma.

En un día apacible semeja un monumento
y en aguas navegables es la perpetua boya
que orienta al capitán. Pero en la súbita furia
o en la estación sombría, es lo que siempre fue.

III

A veces me pregunto si eso es lo que Krishna predicaba
—entre otras cosas— o una manera de exponer lo mismo:
que el futuro es una canción desmadejada, una Rosa Leal
o un aroma de lavanda





de profundo dolor por aquellos que aún no están aquí
para dolerse,
encerrado en las hojas amarillas
de un libro que nunca ha sido abierto.
Y la línea que asciende es la misma que desciende
y la línea que avanza es la que retrocede.
No podéis comprenderlo, pero esta cosa es cierta:
no hay alivio en el tiempo —ya no hay a quien curar.
Cuando el tren se ha marchado y los pasajeros se entregan
a la fruta, a los diarios y a las cartas de negocios
(y aquellos que los vieron partir han dejado la estación),
sus rostros olvidan la tensión en el descanso,
en el rítmico arrullo de cien horas.
¡Adelante, viajeros! No escapéis del pasado
hacia vidas diferentes, no vais hacia el futuro.
No sois la misma gente que dejó aquella estación
o la que habrá de llegar a algún destino.
Mientras los rieles se angostan tras vosotros
y adelante se ensancha el panorama,
no penséis que “el pasado ha terminado”
o que “el futuro aparece ante nosotros”.
Cuando llega la noche, en las jarcias y en el aire,
hay una voz que canta (aunque no al oído,
el murmurante caracol del tiempo, ni en ningún lenguaje):
“Adelante, vosotros que creéis estar viajando;
no sois los mismos que desembarcarán.
Aquí, entre la costa cercana y la lejana,
mientras se aparta el tiempo, pensad en el pasado
y el futuro con la misma actitud.
En el momento que no es activo o inactivo
podréis comprender que: “en cualquier esfera del ser,
el hombre puede alcanzar las lucidez
a la hora de la muerte”. (Y cada momento es la hora de la muerte.)

Esta es la única acción
que habrá de dar su fruto en la vida de los otros.
Y no penséis en el fruto de la acción.
¡Adelante,
oh viajeros, oh marinos:
Vosotros que creéis haber llegado y cuyos cuerpos
sufrirán el proceso y el juicio del mar
o cualquier otro acontecimiento: este es vuestro destino verdadero.”

Tal dijo Krishna a Arjuna
en el campo de batalla.

IV

Señora cuyo templo se yergue en la colina:
ruega por todos los hombres embarcados,
los hombres que trabajan y viven de la pesca
y también por aquellos que se ocupan en tráficos legales
y por aquellos que los conducen.

Di una plegaria a favor de las mujeres
que han visto a sus hijos y maridos
alejarse sin retorno.

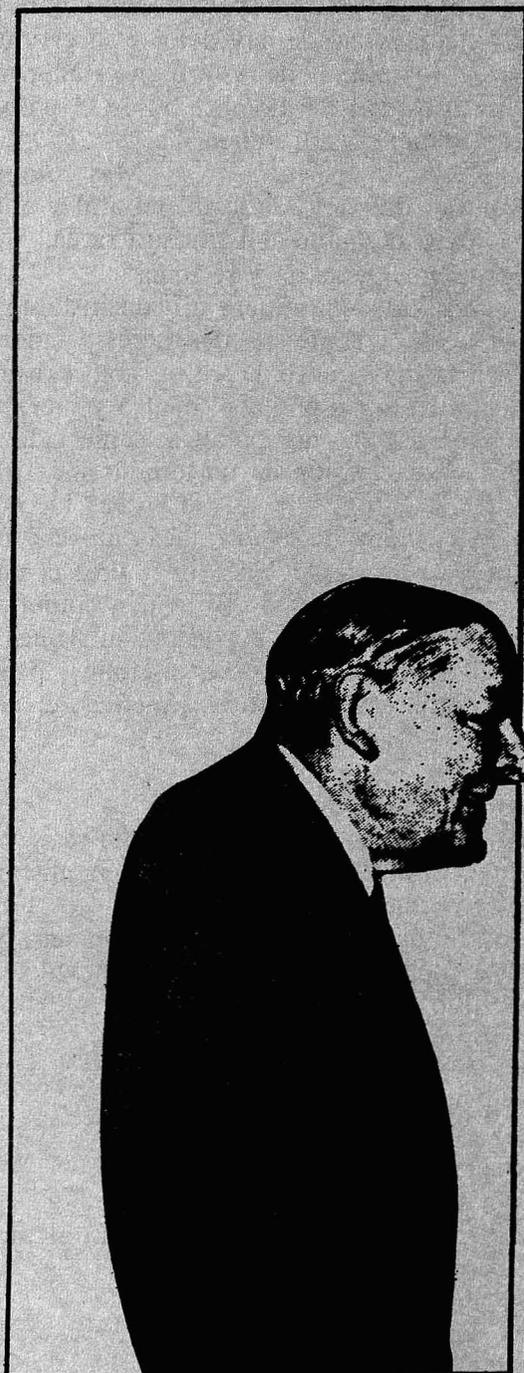
Figlia del tuo figlio,
Reina de los Cielos.

Ruega también por aquellos que zarparon
y terminaron su viaje sobre arena, en los labios del mar
o en la oscura garganta que no habrá de rechazarlos
o en cualquier lugar donde no pueda alcanzarlos
la campana marina
y su ángelus perpetuo.

V

Comunicarse con Marte, conversar con los espíritus,
reportar la conducta del monstruo de los mares,
describir el horóscopo, escudriñar en los entrañas
de las víctimas o en la bola de cristal,
descubrir la enfermedad en la escritura, evocar
la biografía en la palma de la mano
y en los dedos la tragedia, pronosticar
con hojas de té o sortilegios,
presagiar lo inevitable
en la baraja, jugar con pentagramas,
provocarse letargos ilusorios, analizar
en terrores preconscientes la recurrente imagen,
explorar en el vientre, en la tumba o en los sueños: todos son
pasatiempos y drogas

habituales,
anuncios de la prensa;





y siempre lo serán, especialmente algunos de ellos
en naciones donde hay dolor e incertidumbre,
sea en las playas de Asia o en el Edgware Road.
La curiosidad del hombre busca el pasado y el futuro
y se adhiere a esa dimensión.

Mas comprender
el punto divisorio de lo intemporal y el tiempo
es oficio de santo. Ni siquiera tarea,
sino algo que se da y se toma
en una vida que muere a cada instante
por ardor y renuncia, desinterés y amor.
Para la mayoría de nosotros, sólo existe
el momento despoblado, dentro y fuera del tiempo,
la abstracción momentánea, sumergida en un dardo solar,
en la fugaz visión de un tomillo silvestre

o en las luces de invierno
o en la caída de agua o en la música oída tan profundamente
que ya no se escucha; pero tú eres la música que vibra.

Estas son conjeturas solamente,
sugerencias, mera suposición; lo demás
es plegaria, observancia, disciplina, pensamiento y acción.
La conjetura presentida a medias, el don a medias comprendido,
es la Encarnación.

Aquí, la unión imposible
de las esferas de la existencia es real;
aquí, el pasado y el futuro se conquistan
y se reconcilian,
donde, de otra manera, la acción sería movimiento
de aquello que únicamente es movido,
porque no tiene en sí fuente de movimiento
y lo impelen poderes demoníacos.
La verdadera acción es liberarse
del pasado y también del futuro.
Para la mayoría de nosotros,
que no hemos sido derrotados
tan sólo porque hemos insistido,
ésta es la aspiración que aquí no alcanzaremos;
nosotros, satisfechos al fin
si nuestros restos,
no lejos de la raíz del árbol,
alimentan un suelo generoso.

